



[BOGOTÁ - NÚMERO DE CALI: R. 4220-09-2015]

Discurso de posesión como rector de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali

Cali, 25 de julio de 2023

Vicente Durán Casas, S.J.

De lo primero que quisiera hablarles hoy, al asumir el cargo de rector de la seccional de la Pontificia Universidad Javeriana en Cali, precisamente hoy 25 de julio, fiesta del apóstol Santiago, patrono de esta ciudad, es de mis propias debilidades y pecados. Pero no se preocupen: no me voy a confesar en público.

A algunos de Uds. podrá parecerles extraño, extravagante, o al menos imprudente, que al asumir funciones como rector universitario alguien quiera hacer memoria y consciencia de sus limitaciones y fragilidades. Sin embargo, para los que conocen más de cerca la espiritualidad ignaciana y han sido entrenados en los ejercicios espirituales que Ignacio de Loyola entregó a los jesuitas como su más precioso legado, todo proyecto humano que comienza por el reconocimiento sincero de la propia fragilidad, comienza bien, y todo lo que tiende a ocultar, esconder o justificar las limitaciones, los pecados -propios o ajenos-, las equivocaciones y fragilidades, irá por mal camino. *La verdad os hará libres* -dijo Jesús a los judíos que habían creído en él (Jn 8,31). La vanagloria, por el contrario, que suele ocultarse tras la negación de los límites implícitos a la naturaleza humana, es una enfermedad del alma que, si no se enfrenta con rigor desde el comienzo, tiende a crecer y termina perjudicando a cada uno, al mundo, a las instituciones y en general, al acontecer histórico.

Los Ejercicios Espirituales de san Ignacio, la escuela espiritual en la que nos formamos los jesuitas a lo largo de toda nuestra vida (nunca terminamos de

formarnos), comienzan con una terapia de choque que nos pone a cada uno en nuestro sitio: la contemplación de los pecados propios, la confrontación con la pequeñez humana y con la fragilidad en el mundo. Nada de eso que percibimos en el mundo como maldad o violencia nos es ajeno como personas, a todos nos toca de un modo u otro. Pero lejos de deleitarse con un masoquismo enfermizo y culposo, quien hace los Ejercicios lo que aprende es a crecer en un sano realismo que transforma, con delicadeza y ternura espiritual, las heridas propias y ajenas a partir de la experiencia personal, histórica y cósmica, de la compasión y la misericordia. Nada transforma más el mundo que la compasión. Así, quien hace los Ejercicios de San Ignacio, si quiere contribuir a mejorar el mundo o el entorno familiar, social o político en el que vive, comprende con la inteligencia y asume con el corazón, que no hay otra manera que comenzando por sí mismo. El que quiere cambiar el mundo sin cambiarse a sí mismo corre el peligro de empeorarlo.

Por eso comienzo estas palabras agradeciendo a Dios por tantos beneficios recibidos. A Él le debo la vida, la familia en la que aprendí a amar y ser amado, la educación recibida y la vocación a la que desde hace 45 me he sentido llamado. Este es un momento importante en mi vida y por eso no puedo dejar de referirme a lo que para mí es lo más importante.

Hace poco, leyendo una antología de textos filosóficos del poeta y ensayista mexicano Alfonso Reyes (1889-1959), me topé con un escrito suyo titulado *Homilía por la cultura*, del año 1938, en el que este extraordinario escritor desarrolla una serie de ideas que me pusieron a pensar en muchas cosas, algunas de las cuales quiero compartir hoy con Uds. En ese ensayo dice cosas como estas: “Querer encontrar el equilibrio moral en el solo ejercicio de la actividad técnica, más o menos estrecha, sin dejar abierta la ventana a la circulación de las corrientes espirituales, conduce a los pueblos y a los hombres a una manera de desnutrición... desvincular la especialidad de la universalidad equivale a cortar la raíz, la línea de alimentación. Cuando los especialistas... pierden de vista el conjunto de los fines humanos, producen aberraciones políticas.” Y comenta enseguida sobre *Tiempos modernos*, la iluminadora película de Charles Chaplin de 1936. Dicha película, para Reyes, a pesar de que no cesamos de reírnos cuando la vemos, es más trágica que risueña; trágica porque muestra una especie de enfermedad que todos podemos estar padeciendo sin que lo percibamos: es la enfermedad a la que conduce la continuada ocupación de apretar tuercas en las máquinas olvidando una tuerca, la que “nos prende al

universo”. Y cita a Pascal (el pasado 16 de junio conmemoramos 400 años del nacimiento de este gran pensador, enemigo de los jesuitas, pero aun así un inmenso científico y filósofo): “si el universo nos contiene por el espacio, nosotros contenemos al universo por el espíritu”.

De esta lectura de Alfonso Reyes yo obtuve una conclusión: nuestro mundo padece de desnutrición espiritual. Sin negar la desnutrición física que muchos hombres y mujeres, especialmente niños y niñas, padecen en nuestro mundo, en nuestro país, en nuestra ciudad incluso, desnutrición que podríamos eliminar porque tenemos los medios que se requieren para lograrlo, quiero afirmar que nuestro mundo padece de una peligrosa desnutrición espiritual que puede llevarnos a no entender el mundo en el que vivimos porque estamos demasiado ocupados, cada uno, de las tuercas que lo amarran a sí mismo. Esto de la desnutrición espiritual no es nada nuevo. Ya lo decía Jesús en el evangelio de Mateo, justo en medio del desierto y de la precariedad: ‘No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios'» (San Mateo, 4, 3-4). Podemos estar muy bien nutridos de pan, y vivir como desnutridos espirituales.

Si tomáramos la idea de *desnutrición espiritual* como punto de partida para una reflexión sobre la universidad en el mundo de hoy, y en particular en el suroccidente colombiano de hoy, tendríamos que evitar, en primer lugar el espiritualismo, esa actitud perversa que podría llevarnos a deleitarnos en un mundo espiritual o ideal que desprecia, o ignora, o se pretende aislar para mantenerse inmune a las desagradables condiciones materiales de vida de muchos hermanos nuestros: la carencia de salud, porque la hay, de educación de calidad, porque la hay, de trabajo y oportunidades de desarrollo humano, porque las hay. La desnutrición espiritual a la que me refiero, por el contrario, entiende y asume sus responsabilidades con la vida en todas sus dimensiones, y es esa perspectiva la que a mi juicio debiera enmarcar las tareas de la universidad en el mundo -y en el suroccidente colombiano- de hoy.

El origen de las universidades en todo el mundo es de orden espiritual, y eso suele ser olvidado en nuestros días. Estas instituciones, nacidas en el mundo occidental durante la Edad Media, si han de ser conservadas en el complejo mundo de hoy, no pueden perder de vista ese origen. No surgieron como escuelas prácticas orientadas a la capacitación laboral, sino como instancias de reflexión y formación sobre los temas cruciales que atañen a la vida humana, y que yo, corriendo el riesgo del reduccionismo, me atrevo a sintetizar a partir de

dos palabras, dos sustantivos de enorme peso semántico: verdad y justicia; las universidades surgieron alrededor del concepto de verdad y de justicia, y de las múltiples formas de cruces y fecundidades que de hecho se han dado entre estas dos palabras.

Cruces entre saberes, como es el caso de la física moderna y la mecánica universal, que se desarrolla a partir de saberes que en el mundo antigua se mantenían separados y aislados: la física por un lado y la matemática por otro. Newton y Leibniz transformaron, cada uno por su cuenta y al parecer sin comunicarse entre sí siendo contemporáneos, esa relación, y esa es la base sobre la cual se construyó la física moderna en la que el saber sobre las leyes que rigen el mundo físico resulta inseparable del saber matemático: las fórmulas de la gravitación universal se expresan en lenguaje matemático.

Pero también los cruces entre justicia y conocimiento, como cuando a partir del conocimiento inmunológico perfeccionado por el británico Edwar Jenner a partir de experimentos con vacas, desarrolló, a finales del siglo XVIII, no sólo las primeras vacunas, sino que impulsó las políticas solidarias de salud pública, un asunto en el que la ciencias naturales y biomédicas resultan necesarias para el desarrollo de criterios de la justicia y la solidaridad social.

Las instituciones de educación superior, sin embargo, están siendo sometidas hoy en día a múltiples presiones y retos que, bien asumidos, pueden fortalecerlas en su respetable y secular tradición, pero que, asumidos a la ligera, para responder únicamente a las demandas del marketing universitario, pueden desorientarlas y apartarlas de sus finalidades sustanciales.

Nadie duda de que hoy, por ejemplo, la tecnología ofrece enormes posibilidades y oportunidades para la educación, pienso en la comunicación digital, la inteligencia artificial, incluido por supuesto el temido ChatGPT, y muchas otras posibilidades que cada día nos sorprenden y quizás hasta nos abrumen. Pero una cosa es valorar y utilizar las recientes tecnologías en la educación, y otra muy distinta creer que la tecnología es, por sí misma, la solución a todos los problemas educativos. Digámoslo claramente: sin tecnología no avanzaremos en educación superior, pero sólo con tecnología tampoco avanzaremos mucho. Los filósofos, desde Leibniz, aprendimos a distinguir entre principios de razón necesarios y principios de razón suficientes. La tecnología es necesaria para la educación de calidad en el siglo XXI, pero no es suficiente.

Y la razón de ser de esa paradoja es que la educación es un asunto entre seres humanos, y los seres humanos no somos máquinas. Kant, el filósofo del que suelo decir que es del que más he estudiado y aprendido, en un pequeño escrito titulado *Sobre Pedagogía*, señala la diferencia entre educar y adiestrar, una idea que seguramente tomó de su admirado Rousseau. Los seres humanos, dice son los únicos seres de la naturaleza que pueden y que necesitan ser educados. Otros seres animales pueden, y seguramente han de ser adiestrados, mas nunca educados. La tarea de educar se las ve no solo con las características que compartimos con otros seres vivos, como las relativas al aseo, la alimentación y la reproducción, sino también con esas facultades que son exclusivamente humanas: la libertad, la responsabilidad ética, el gusto estético y el amor a la verdad y a la justicia. En eso no podemos ser adiestrados, necesitamos ser educados, y esa educación la recibimos de otros seres humanos, no de la inteligencia artificial. De otra manera, en esos aspectos tan propiamente humanos no estaríamos siendo educados sino adiestrados.

Otro asunto en el que las universidades reciben una fuerte presión social y económica que afecta su quehacer cotidiano, es la necesidad de formar profesionales y técnicos bien preparados para competir en el mercado laboral. Acortar las carreras universitarias prescindiendo de esos aspectos que para la capacitación laboral resultan innecesarios, como la formación en humanidades, en artes o en el conocimiento de la historia y de los fundamentos éticos del comportamiento humano, se volvió imperativo en muchas instituciones para no salir del mercado.

Un escándalo que no terminamos de digerir es el hecho de que los protagonistas de la corrupción y del desfalco de los recursos públicos con frecuencia resultan siendo egresados de las mejores universidades del país. La filósofa norteamericana Martha Nussbaum publicó en el año 2010 un libro que debiera ser leído por todos los directivos universitarios porque el tema central es el cuestionamiento del papel de las universidades en el mundo de hoy: *Not for profit: why democracy needs the humanities*, traducido como *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. En efecto: defender la democracia en el mundo de hoy pasa también por formar profesionales que tengan algo de esa sensibilidad por las problemáticas humanas más agudas, como el racismo, el sexismo o la discriminación por la orientación sexual.

La filósofa española Adela Cortina no dudó en publicar un libro con un neologismo proveniente del griego: *Aporofobia. El rechazo al pobre*. Y lo

subtituló: *un desafío para la democracia*: el odio, el rechazo hacia la gente que es pobre, ¿de dónde procede? No sólo representa un desafío para la democracia sino para nuestra propia autocomprensión como seres humanos.

Quien de la mano de Dostoievski se deja introducir en las profundidades del alma humana acompañando a Raskólnikov el estudiante en sus viajes al interior de sí mismo, se abre a una percepción del mundo que no dudo en llamar espiritual y que es quizás lo que más necesitamos para defender la democracia desde el amor por la verdad y la justicia. La compasión, quizás la más alta virtud espiritual del ser humano, y que está en el centro de la religión budista y también del cristianismo, se puede estar perdiendo en medio de un mundo que educa principalmente para la competencia, la eficacia y la utilidad.

Las universidades enfrentan muy diversos tipos de desafíos. Deben enseñar con altísima calidad, deben investigar y producir conocimiento científico básico, aplicado y socialmente pertinente, y deben servir a la sociedad de múltiples formas, como la transferencia tecnológica, la educación profesional continuada y las consultorías para el mejor aprovechamiento de recursos en las empresas y en la sociedad en su conjunto. Deben formar ser humanos que sean buenos ciudadanos, éticos y responsables con su entorno social y con la naturaleza, que reconozcan, acepten y valoren las diferencias culturales, étnicas y religiosas, que aprendan a aprender y que conozcan la historia de la que forman parte. Las universidades privadas deben ser autosostenibles financieramente y generar sus propios recursos para actualizar sus instalaciones, laboratorios y bibliotecas. Son muchas las tareas que debemos enfrentar.

A todo lo anterior habría que sumar las tareas que el P. Hermann Rodríguez SJ me asigna en la carta de nombramiento que acabamos de escuchar. Debo decir aquí que, desde que llegué a Cali y conocí el equipo humano de esta universidad, le perdí el miedo a enfrentar todos estos retos. Es un equipo humano maravilloso que ha sido construido y liderado por el P. Luis Felipe Gómez durante los últimos nueve años, para quien pido un aplauso en estos momentos.

Luis Felipe y el grupo de vicerrectores, decanos y directivos académicos, del medio universitario, y administrativos de esta universidad han cimentado una estructura universitaria capaz de asumir con responsabilidad todos esos retos.

Esta universidad, en contra del parecer de algunos, salió a dialogar y a escuchar a los jóvenes que protestaron en el llamado estallido social de Cali, ha salido a dialogar con los indígenas del norte del Cauca y ha aprendido a interpretar sus

demandas con atención y sentido de la historia, y también se ha sentado a dialogar con los más importantes empresarios de Cali y del Valle del Cauca porque sabe que la producción responsable y autosostenible es el motor del progreso, de la inversión, del trabajo y por tanto también de la justicia y la paz.

No estamos ni nos sentimos solos. Como universidad jesuita formamos parte de una red de más de 200 universidades confiadas a la Compañía de Jesús en todo el mundo y contamos con el instrumento más valioso que San Ignacio nos legó: el discernimiento espiritual, que no excluye rigurosos ejercicios de planificación sometidos a evaluación a partir de resultados, ciertamente va más allá porque nos dispone, no sólo a conocer los asuntos que son de debate público, sino a vincular esos asuntos con la voluntad salvífica de Dios.

Observando la complejidad de nuestro entorno social y los signos de los tiempos desde los cuales Dios nos interpela, no es difícil concluir que esta región de Colombia necesita de nuestro aporte como institución de educación superior, y que es mucho lo que estamos llamados a ofrecerle, con humildad, pero con firmeza.

Queremos ser una universidad que fomente y promueva el diálogo social que el suroccidente colombiano necesita para su desarrollo armonioso y en paz. Comunidades afro-colombianas, indígenas, estudiantes, organizaciones de mujeres, empresarios y líderes sociales, agricultores y sindicatos, maestros y emprendedores, desempleados e indigentes, todos tenemos algo que decir y todos merecemos ser escuchados.

La Pontificia Universidad Javeriana en Cali quiere recibirlos. Como casa de estudios invitamos y convocamos al diálogo y a la argumentación razonable, creemos que ese diálogo y esa argumentación nos forma y nos educa a todos los miembros de la sociedad colombiana, y por eso estamos dispuestos a jugarlos por todos ustedes y por el bienestar y la paz que Dios quiere para todos.

Padre Hermann Rodríguez SJ, Vicegrancanciller de la Universidad y Superior Provincial de la Compañía de Jesús en Colombia: gracias por la confianza que Ud. deposita hoy en este compañero apostólico que se reconoce pecador y llamado a servir. Cuento con su cercanía espiritual y con el apoyo el consejo de todos ustedes.

Muchas gracias.